

Reflexiones acerca de la historia

De las prioridades de la labor histórica



ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

No es tarea fácil para un historiador señalar ni fijar las prioridades que su disciplina necesita establecer para cultivarse, para cumplir las finalidades inherentes a ella y ser más útil y provechosa para la sociedad.

Por otra parte, entiendo que no se trata de elaborar simples catálogos cuantitativos o listas donde jerarquicemos nuestras carencias y señalemos con guarismos la importancia de tales o cuales elementos requeridos por el estudio de la historia.

Porque, hay que advertirlo, este estudio de la acción humana es uno de los que más adictos posee. No sólo se ocupan de él los especialistas, verdaderos historiadores, hombres de gusto, de espíritu preciso y esclarecido, y también los eruditos, los que acumulan con o sin suficiente reflexión abundantísimos datos sobre todo lo acaecido, sino también los ociosos, aquellos que invierten su tiempo en relatar vidas y acontecimientos de acuerdo con su singular aplicación y simpatía.

Y esta labor —inmenso campo— ofrece tantas posibilidades de cultivo que cualquiera puede meter la mano en ella, pues todo aspecto del pasado humano es objeto de su interés. No hay acontecimiento de orden público que no pueda dar origen a una investigación más o menos erudita. En todo momento y en todo lugar, las situaciones políticas, sociales, económicas y morales, las relaciones entre los individuos y los grupos, todos los modos de actividad y todos los tipos de relación, sin contar las innumerables inferencias entre esos fenómenos, esto es, la multitud de vidas y la enorme extensión de lazos humanos, todo ello está abierto a la obra de los que se ocupan de la historia. No hay un solo momento de la vida humana, un sitio en el cual ella haya transcurrido, uno de los incontables actos de la misma, que no pueda ser objeto de estudio de los historiadores. Aun los personajes más humildes tienden a ser biografiados y los más oscuros lugarejos encuentran su particular cronista, pese a que esas vidas y villorrios, por insuficiencia de quienes los estudian y escriben sobre ellos, no muestren relación alguna con el desarrollo de una sociedad más amplia, con fuerzas de muy diverso tipo que, quiérase o no, influyen en su existencia.

Sobre todos esos temas, miles de escritos se han redactado y es posible formar con ellos una inmensa bibliografía, buena parte de la cual mostraría asuntos no sólo raros y curiosos, sino totalmente inútiles. Porque, hay que decirlo, antes de la invención de la imprenta y después de ello, la literatura histórica ha producido montañas tan altas como nuestros volcanes, y esa literatura histórica es la que la ciencia explota, la que el historiador explora, la que el erudito excava buscando hallazgos sensacionales y la que el aficionado rasca, contentándose con las migajas que aquéllos dejan.

Creo que el sentido de este escrito apunta ante todo a reflexionar acerca de la importancia que el cultivo de nuestras disciplinas reviste en nuestro país, la trascendencia del mismo, su influencia en la formación de nuestra sociedad, de nuestra mentalidad; su significado como vehículo de cohesión de los mexicanos, como aglutinante de los anhelos de un pueblo y forjador de la conciencia nacional.

Para adelantar en estos pensamientos es necesario precisar algunos conceptos, fijar nuestro punto de partida.

Primero conviene definir cuál es el significado que le damos a la historia, sin necesidad de enunciar las numerosas acepciones que se le han asignado. Apoyados en los cimeros representantes de la historiografía europea, principalmente en Marc Bloch, Lucien Febvre, Marcel Bataillon, Gastón Roupnel, Wilhelm Dilthey, Marrou, Davenson, Duhamel, Peguy, Ortega y otros, creemos que la historia es la ciencia formulada artísticamente que se ocupa de estudiar la actividad íntegra del hombre: material, espiritual e intelectual, no sólo en su pasado, sino en el presente, en tanto éste es reflejo del pasado y consecuencia del mismo, y a su vez condicionador del mañana, que es el resultado del pretérito y del presente.

La historia es para nosotros el legado que generaciones infinitas de hombres nos han dejado y que, quiérase o no, actúan sobre nuestro presente. Éste puede modificar el futuro, pero no el pasado. Esa herencia afecta tanto al hombre en lo individual como a la sociedad en general. Uno y otra son el producto de la acción a

la vez particular y colectiva, y tanto los hombres considerados individualmente como las vastas agrupaciones humanas legan a los seres del mañana una obra que toca a éstos mejorar o empeorar, tornarla positiva, convertirla en medio de superación física y moral, en una posibilidad de engrandecimiento espiritual, de bienestar económico, de perfeccionamiento institucional y político, o cimiento de su decadencia y extinción.

En suma, la historia es la experiencia social acumulada de generación en generación y controlada sin cesar por nuevos actos, verificada por pruebas nuevas. De ella, de la historia, nosotros aprendemos a ser la *sociedad humana*. La historia, colocada entre las ciencias sociales, toma de éstas cuanto representa su disciplina y seguridad; de la ciencia se deriva el control que ejerce en la vida espiritual, de ella adopta sus métodos, su probidad, su independencia y exactitud. Todos estamos de acuerdo en que, al adoptar las disciplinas de la ciencia tiene la gracia del arte y representa en definitiva —como asevera Gastón Roupnel— la vieja y total experiencia de los hombres, el genio social de los seres humanos y, a la vez, la directriz de las colectividades.

Como ciencia, la historia constituye una forma particular de nuestra actividad mental pero, a la vez, por constituir una visión lanzada sobre la existencia humana colectiva obtiene esa perspectiva mediante un acto de nuestro espíritu. Somos nosotros, los hombres, quienes damos a la información venida de fuera la forma de nuestra lógica y de nuestra sensibilidad. Incorporamos en nuestras operaciones mentales la imagen inerte del pasado y la configuramos según las disposiciones de nuestro espíritu. La visión que nos aporta el campo del pasado es la visión de nosotros mismos acrecida por la amplitud de los grupos humanos. Juzgamos a los otros hombres por lo que somos. Nosotros somos quienes nos contemplamos en el lejano fondo que la perspectiva del tiempo ofrece. ¿Existe acaso un solo historiador que no se haya volcado en su obra y que no proyecte, sobre las impasibles imágenes del pasado, las turbadoras impresiones de su genio sensible? Por ello Michelet escribía en su *Historia de Francia*: “Mi vida está en ese libro, en él está.” Esto significa que en toda auténtica obra histórica existe una inevitable interacción del mundo humano con el espíritu que lo contempla.

En la tarea de escrutar el pasado, efectuada por el historiador, deben precisarse tres elementos primordiales: la simple narración de los hechos; las vigorosas y sólidas realidades que construyen la historia, esto es, los hechos estructurales, y principalmente los valores vivos, las fuerzas espirituales que coordinan y dirigen las energías sociales en ese movimiento continuo que transporta la vida a través de las edades, con un ritmo misterioso que posibilita la armonía entre la vida de la humanidad y la vida del mundo.

La historia, por otra parte, no es la yuxtaposición de las historias particulares, sino la coordinación de las mismas. La historia no retiene de las historias particulares sino lo que constituye la base de una potente memoria colectiva, lo que permite obtener una directriz de la vida social. Esta memoria laboriosa y organizada, esta actividad organizante de los recuerdos humanos, esenciales, es lo que constituye propiamente la historia. Esta ciencia de la humanidad en general, estudiada en su pasado, encarna, si no

toda la experiencia humana, por lo menos sí toda la experiencia que los hombres tienen de la vida colectiva.

La historia tiene también, como otras ciencias, un fin utilitario, y, si representa todo el conocimiento de la existencia en sociedad, nos permitirá organizar la experiencia social nueva. La historia busca conocer a la humanidad en general en lo que fue, para comprenderla en lo que es y para prever lo que será. El hombre social es eminentemente una criatura histórica y, aun cuando las colectividades tengan una mayor conciencia histórica que los individuos, cada vez que se piensa política y socialmente —y, podemos añadir, humanamente—, se piensa históricamente. Labramos el porvenir modelándolo en cierta medida en un pasado ya probado. La humanidad viviente no es una generación aislada, cortada como un trozo, sino el eslabón de la larga cadena de las generaciones. No podemos hacer el presente si no lo hacemos históricamente. Es la experiencia acumulada por las edades antiguas la que labra la vida nueva de los pueblos.

Por otra parte, debe aceptarse que nuestra visión del pasado se modifica por las impresiones que la actualidad nos produce. Ella es actuante, es experiencia general y sabiduría humana, es la animadora espiritual de los destinos.

Se vive solamente cuando se vive del conjunto en donde se reúnen a la vez tiempo y espacio, las vidas y los recuerdos, los vivos y los muertos. No se vive completamente si no es en la totalidad de lo humano, es decir, en posesión del pasado. Es sólo en esta posesión vivaz de la vida en general como se tienen derechos sobre el porvenir. Con las mismas luces con que se alumbró el pasado toman también relieve los valores de la actualidad y los testimonios de un próximo declinar o de un firme progreso. El pasado entrega el sentido que se transmite al presente y que orienta las vías del porvenir. Entre ese pasado formado por todo y ese porvenir preparado para todo, nuestro presente fugitivo no es sino el huidizo pasaje de la vida, venida de todos los tiempos y preparada por todos los tiempos, sobre la débil línea del amor y el dolor que separa y limita los dos mundos, el mundo de lo cumplido, de los hechos, y el mundo del destino.

El creador del pasado ha sido el espíritu, que es quien dirige el desarrollo, suscita los hechos y toma las decisiones. Fuera de algunas grandes perturbaciones públicas provocadas por cataclismos naturales, las acciones humanas están determinadas por una voluntad que ilumina un objeto y que tiene una intención. Los hechos históricos obedecen tanto a un llamado del porvenir cuanto a un recordatorio del pasado. Antes de ser pasado, la historia ha sido la vida, esto es, el presente sobre el cual el futuro ejercía sus solicitaciones. Los antiguos presentes son todos esos instantes atormentados a los cuales perseguía el llamado del porvenir. Es del porvenir de donde el pasado ha recibido sus determinaciones. La historia, podemos concluir así, es un tiempo pasado, pero también es un futuro pasado, y es también sobre todo un pasado humanizado por el hombre actual y también esencialmente es una lógica mediante la cual los acontecimientos aislados se buscan, encuentran y asocian, y los hechos distintos, reunidos en el juego de nuestro pensamiento actual, se ligan con fuerza. En donde este esfuerzo de coherencia constructiva



no se produce merced a tal labor de interpretación razonada, ahí no existe la historia

En la historia, la vida social y la vida política constituyen aspectos de un mismo movimiento. La aparición de grupos sociales es la que forma y da relieve a la historia política. La constitución de nuevos grupos interviene en el origen de todos los grandes acontecimientos. La historia señala sus desarrollos, y en ella se producen sus consecuencias. Las sociedades son obra de una evolución que las construye y a las cuales destruye una revolución. Son más estables y durables cuanto más lenta y más regular fue su elaboración. A menudo la lentitud de su formación y duración se origina por una resignación de los hombres, por la monótona facilidad del reposo, la lasitud que provoca la edad, la pereza de la historia. Las sociedades en las que surge esa lasitud terminan por oponer a las energías evolutivas la resistencia de las tradiciones, con lo cual sólo un estallido violento, una revolución, puede hacerlas cambiar.

Tales revoluciones son las que modifican, en ocasiones sustancialmente, a las sociedades, esto es, a la serie de valores, de afinidades ideológicas y de costumbres que forman las llamadas civilizaciones. Éstas son el producto de la historia y, aun cuando son frágiles e imperfectas las más de ellas, merecen nuestra comprensión y admiración. Tienen un sentido sublime e importante pues son como el estallido o madurez de una cultura, una afirmación de una escala de valores individuales y también un sentido humilde y positivo, una garantía de condiciones materiales de la vida, una facilidad y diversidad de la existencia cotidiana.

Nosotros somos los herederos de su historia y la obra de los siglos, sobre la cual pesan todas las contingencias del mundo y

a la cual el hombre no ha podido colaborar sino con la imperfección de su naturaleza y los límites de su genio.

Esa historia, la de una y otra civilizaciones, se ha escrito siempre a través del espíritu de los tiempos, pues todo conocimiento histórico es fruto de la perspectiva temporal del presente. Consecuentemente, quien hace historia, como afirma Dilthey, hace también interpretación de la historia. Véanse así las distintas interpretaciones del helenismo, la Edad Media, el Renacimiento, el protestantismo, la burguesía, etcétera, manifestadas a lo largo del tiempo. Cada época renueva la historia; no destruye las interpretaciones anteriores, sólo las enriquece y modifica. En realidad, como pensaba Hegel, gracias a estas nuevas interpretaciones cada época llega a un conocimiento de su propio contenido. No sólo el espíritu del tiempo, sino también la concepción del mundo individual con sus raíces metafísicas condicionan el comprender y por tanto relativizan todo conocimiento histórico. El comprender está guiado por una concepción del mundo, el investigador no puede sacudírsela. Esa concepción selecciona el material, escoge y rechaza. Además es responsable de las diversas interpretaciones de la historia. Unos ven la historia desde el mirador económico, otros desde el político, otros desde el antropológico, otros desde la idea, otros desde la lucha de clases. Así nacen los *ismos* que, como etiquetas, se cuelgan de la historia. En realidad esos *ismos* denuncian la relatividad del hombre.

La historia universal muestra cómo, una tras otra, potentes y antiguas civilizaciones han desaparecido, muchas de ellas sin dejar huellas. Otras heredaron a las que les siguieron en el tiempo y en el espacio preciosos elementos útiles para afirmarse y progresar. En la historia mexicana tenemos noticias de ellas en torno de una sucesión de horizontes donde surgieron sucesiva y simultáneamente otras civilizaciones que, después de alcanzar un cierto desarrollo material, espiritual y cultural, declinaron. Muchas de esas civilizaciones tuvieron una duración amplia y su legado fue intenso y positivo; otras desaparecieron cuando aún no maduraban lo suficiente. Por otra parte, incluso una misma civilización atraviesa periodos que constituyen una parte importante de su desarrollo, periodos reveladores de la existencia de valores antiguos que, sin perecer del todo, son sustituidos o asimilados por una época nueva merced a un movimiento violento.

Podríamos ilustrar ese tipo de periodos con los ejemplos de la República restaurada y el porfiriato, en los cuales teníamos una sociedad surgida de la economía agrícola o basada en ella, que trataba de industrializarse. Esa sociedad se encuentra adormilada, apoyada en la tradición, y consintió abusos en la acumulación del poder político y económico que llegaron a provocar presiones capaces de romper el orden social existente. La revolución que provocaron y que yacía latente en la mente de muchos hombres varios años antes de 1910 fue tanto más violenta y total cuanto más larga fue la resistencia que se le opuso. Esta revolución, como muchas otras, hizo posible la aparición de nuevos grupos sociales. Estos grupos han sido llevados a un progreso con la misma rapidez con que se consuma su declinación. A menudo ocurre que sobre aspectos de una nueva sociedad reaparecen otros pro-

pios de la antigua tradición que trata de recobrar sus derechos, reanima sus recuerdos, recoge y restablece parcialmente sus antiguas situaciones y sus viejos abusos, que una nueva revolución derrumbará, pero sin destruir sus secretos vestigios, su clandestina y funesta persistencia.

Así, los grupos potentes y reguladores construyen la sociedad nueva, sujetando a los individuos que liberaron las revoluciones.

El hombre es sin cesar esta fuerza que unos grupos comprimen y que un acontecimiento revolucionario libera y que la sociedad toda toma en tutela. El hombre, ya se sabe, es un ser social y es en la sociedad donde adquiere su naturaleza y realiza la fortuna de su ser. Es en ella donde se manifiesta. El hombre no se perpetúa ni se magnifica sino por el milagro sin cesar mantenido de la vida social. Es una energía que se disciplina en la regla social; de ahí arranca siempre su solitaria grandeza que le sirve para aportar a la sociedad una fuerza renovada en la libertad.

Es por la libertad de la célula social, por la libertad del individuo humano, por lo que se introducen en la vida histórica el accidente y la peripecia, la irregularidad de las acciones, el acontecimiento imprevisible. Pero en ese tumulto continúa llegándonos el silencio e imperioso llamado que nos viene desde siempre de ese lugar de los tiempos desconocidos en donde los destinos humanos realizados nos dictan nuestras consignas terrestres y determinan nuestra historia.

La historia mexicana ha tenido a través del tiempo una concepción de su sentido que en muchas ocasiones coincide con lo expuesto. Los antiguos mexicanos, desde los tiempos más remotos, estimaron que, para entender esa enérgica acción de la historia que impulsaba y definía a su pueblo, era menester tener un conocimiento de los hechos históricos sólido y firme, alcanzable sólo mediante la educación rígida y especializada impartida en el Calmécac. El crecimiento de la sociedad mexicana, de sus instituciones y de su poder, obligó a individuos especializados a conservar la memoria histórica de los tlatoanis, de sus hazañas, y a fijar perfectamente los límites del Estado, sus recursos humanos y naturales, sus ingresos tributarios, la distribución de la propiedad y la organización del trabajo colectivo, la composición y el reclutamiento del ejército, el manejo de las obras públicas, los calendarios agrícolas y rituales, el panteón religioso, las concepciones cosmológicas, etcétera. En estas sociedades —como señala Enrique Florescano—, el desarrollo del saber histórico y de su consignación mediante la escritura fue consecuencia directa del crecimiento y la complejidad que adquirieron el poder político y el aparato administrativo que lo ejercía.



Como un proceso más desarrollado, surgió en la sociedad mexicana un conocimiento histórico ya no más ligado al puro señor, el poderoso *tlatoani*, sino que recogía los datos constitutivos del reino o Estado o fundía la historia de los gobernantes o caudillos con la del grupo étnico, el reino o la organización política, dando lugar a una historia del pueblo y de la nación, como lo son la *Historia tolteca-chichimeca* o la *Historia de los mexicanos* por sus pinturas. Por otra parte, es dable observar cómo la historia, que en muchas de sus primeras manifestaciones era mítica y legendaria, se tornó cada vez más secular, ocupándose de hechos realizados por los hombres, de sus relaciones sociales y políticas.

Esta historia, que produjo numerosas obras, desgraciadamente se perdió para nuestro conocimiento en virtud de que tanto indígenas como europeos destruyeron sus testimonios.

Siglos más tarde, cuando se trató de reconstituir todo ese pasado, no sólo como medio científico de conocer culturas pretéritas para incorporarlas a la fe y a la cultura occidentales —lo que intentaron Sahagún y sus seguidores—, sino como base para comprender una sociedad compleja derivada de diferentes raíces y para conformar una nación, quienes trataron de historiar tal pasado —la acción humana que había formado el presente— tuvieron que realizar un enorme esfuerzo, a la vez de análisis y de síntesis, para proponer una inteligente y adecuada interpretación de lo que era México.

Francisco Javier Clavijero, uno de los primeros que lo intentaron, al redactar su *Historia antigua de México*, ya mencionaba las limitaciones de que adolecía para llevar a buen término su obra, y precisó cuáles eran los elementos o prioridades con que necesitaba contar para elaborar una historia integral.

Efectivamente, a fines del siglo XVIII, escribía el ilustre jesuita:

quiero ahora quejarme amigablemente con los individuos de ese cuerpo, del descuido de nuestros antepasados con respecto a la historia de nuestra patria. Ciertamente es que hubo hombres dignísimos que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana, y nos dejaron acerca de ella preciosos escritos. También es cierto que hubo en esa Universidad un profesor de antigüedades, encargado de explicar los caracteres y figuras de las pinturas mexicanas, por ser tan importante para decidir en los tribunales los pleitos sobre la propiedad de las tierras y sobre la nobleza de algunas familias indias; mas de esto mismo nacen mis quejas. ¿Por qué no se ha conservado aquella cátedra? ¿Por qué se han dejado perder aquellos escritos tan apreciables, y sobre todo los del doctísimo Sigüenza? Por falta de profesor de antigüedades no hay quien entienda en el día las pinturas mexicanas y por la pérdida de los escritos, la Historia de México ha llegado a ser difícil, si no de imposible ejecución. Pues

no es dable reparar aquella pérdida, a lo menos consérvese lo que queda.

Más tarde, cuando lo liberales intentaron enseñar una historia nacional que amalgamara las raíces de México y su conciencia, que forjara la idea de pertenecer a una nación con una sola finalidad y destino, uno de los primeros maestros de la historia patria, Guillermo Prieto, quien vio muy claramente la necesidad de recabar información, datos para reconstruir e interpretar la historia mexicana, señalaba que ésta necesitaba “historiadores realmente sabios, para depurar la verdad, ya interrogando monumentos, ya descifrando jeroglíficos, ya pidiendo a la lingüística luz cierta, ya anteponiendo doctrinas a doctrinas y sistemas a sistemas”.

En espera de que esos requerimientos se llenaran y se pudiera tener en el futuro una auténtica y completa historia nacional, Prieto elaboró con los conocimientos y las fuentes entonces disponibles sus primorosas *Lecciones de historia patria*, destinadas a crear en la conciencia del mexicano una memoria imperecedera de nuestro rico desarrollo histórico, de la herencia espiritual y material recibida, y, mediante esa conciencia, a cohesionar a la sociedad mexicana.

Años después, consolidada la República y colocado el grupo liberal y positivista en el poder, se elaboró una magna obra, *México a través de los siglos*, que fue estimada como la suma del conocimiento histórico y aprobada por el criterio oficial.

En la introducción del primer volumen, Alfredo Chavero —quien la escribiera con el estilo de la época— alardea de que los historiadores mexicanos cuentan ya con un cúmulo tal de testimonios que no puede compararse con el que poseen otras naciones, ni siquiera Grecia y Roma. Los autores de la obra juzgaban poseer tal material para su labor que nada más les era necesario. Sí lamentaron en sus páginas algunas destrucciones de los testimonios, pero creyeron que por el momento bastaba una labor de análisis como la emprendida por ellos para satisfacer la exigencia de un conocimiento histórico.

Al filo de la Revolución, cuya idea latía en muchas mentes, Justo Sierra escribió su *Evolución política de México*, la síntesis más completa de la actividad del mexicano y de la sociedad, en la cual se muestra la interacción entre el hombre particular y la colectividad, y las transformaciones operadas a través del tiempo. Sierra afirma que la unidad plena del país, la creación firme de una conciencia nacional que aglutine a individuos de muy diversa condición racial, social, económica y cultural, y permita forjar una nación con ideales comunes, sólo se logrará mediante la educación, una educación integral donde a la historia se le asigna gran importancia. Varias páginas escribe Sierra en torno a este tema, que deben sumarse a sus amplios estudios sobre la enseñanza. Uno de los párrafos más sobresalientes de ellas es éste:

Convertir al terrígena en un valor social (y sólo por nuestra apatía no lo es), convertirlo en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad de idioma, de aspiraciones, de amores y de odios, de criterio mental y de criterio moral; encender ante él el ideal divino de

una patria para todos, de una patria grande y feliz; crear, en suma, el alma nacional, ésta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, ése es el programa de la educación nacional. Todo cuanto conspira a realizarlo, y sólo eso, es el patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo, es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo.

De aquellos años a la fecha, mucho ha adelantado nuestro conocimiento histórico, mucho se ha logrado en la tarea magna de crear una auténtica conciencia nacional. No hemos superado aún las diferencias económicas, sociales y culturales que en años anteriores existían, pero sí hemos realizado notables esfuerzos para dar a la labor histórica, a las tareas de investigación, los recursos materiales y espirituales que permitan realizarla mejor. Hemos abierto las puertas de nuestras aulas a todas las corrientes del pensamiento que posibiliten explicaciones más amplias, más diversas sobre nuestro acaecer histórico. En nuestras escuelas se enseña la historia con todos sus *ismos* sin más limitación que el cultivo de la verdad, el apego a los lineamientos de la ciencia, el no mistificar los hechos, el saber respetar las opiniones ajenas.

En las últimas décadas se han realizado colosales esfuerzos por dotar al país de instituciones e instrumentos dedicados a generar un conocimiento más completo de la historia integral del mexicano. La creación del Museo Nacional de Antropología y del Museo del Virreinato ha permitido que un público cada vez más vasto e interesado observe con detalle los aportes de nuestra doble raigambre, los productos más valiosos forjados por los habitantes de esta tierra desde hace varios siglos, sus entrelazamientos, sus derivaciones. Luego la construcción de un edificio más digno para la Biblioteca Nacional permitió conservar y aprovechar mejor el rico patrimonio bibliográfico de México, acervo integrado con las obras representativas de la cultura universal de que se ha nutrido la nuestra. Hoy tenemos las nuevas instalaciones del Archivo General de la Nación, en donde México conserva un tesoro documental único en América, en el cual es posible hallar testimonios sobre todos los aspectos de la vida de los mexicanos desde el siglo XVI. Ayer fue entregado al pueblo de México el Museo Nacional de Arte, instrumento excepcional para el conocimiento de la evolución artística de nuestro pueblo.

Otros museos y colecciones más, otras instituciones públicas y privadas, se han abierto en los años más recientes para impulsar el conocimiento y el cultivo de la historia patria.

En este sentido, los progresos alcanzados han sido notables y la acción de esas instituciones coadyuva a que la historia mexicana sea mejor conocida en sus múltiples y diversas manifestaciones.

Sin embargo, mucho hay que realizar todavía. Amplios son los programas de las instituciones que laboran en este campo. Ellas tienen planes para atender abundantes aspectos poco cultivados, ensayar nuevos métodos y teorías y brindar a nuestra generación la oportunidad de dar su visión de la historia mexicana. Es preciso, como quería Guillermo Prieto, formar más y mejores historiadores, verdaderos sabios que redacten a su vez, no la definitiva historia mexicana que siempre se seguirá haciendo, sino por lo menos su nueva versión de nuestra historia. ◆